

DOMINGO DE SOTO, EN SU AMBIENTE HISTORICO

Después de haber mandado a la imprenta nuestro trabajo *Domingo de Soto, maestro de Filosofía*, se recibe en la Redacción de Estudios Filosóficos el libro del ilustre historiador M. R. P. Maestro Fr. Vicente Beltrán de Heredia sobre Soto (1). Sentimos no haber dispuesto de este trabajo, pues le hubiéramos aprovechado y alabado muchas veces, y sobre todo nos hubiera servido para fijar más exactamente aquel ambiente excepcional en que se desenvolvió la prodigiosa y multiforme actividad del Maestro salmantino.

Sin embargo, si exceptuamos esta ambientación completa, que hubiéramos obtenido con el novísimo estudio del P. Beltrán, los datos históricos y el ambiente cultural, que encuadran la labor filosófica de Fr. Domingo de Soto, estaba suficientemente esclarecida, por la misma mano maestra del historiador dominicano, cuyos trabajos, publicados casi todos en *La Ciencia Tomista*, hemos tenido a nuestro alcance.

Al terminar de leer este «estudio biográfico documentado» vuelve de nuevo a nuestros labios la pregunta que tantas veces nos hemos formulado en nuestras lecturas de la historia doctrinal de nuestro Siglo de Oro: ¿Cómo es posible que una figura tan colosal y extraordinaria, de una riqueza tan exuberante, de una actividad tan enorme y tan decisiva en la historia de aquel siglo, como fué la de Domingo de Soto, no haya encontrado un biógrafo o un historiador de la categoría que le correspondía? Si Soto hubiera sido únicamente un personaje gigante de su época pero que hubiera desaparecido sin dejar huellas de su paso por la historia, todavía merecía que la humanidad recordara su nombre con admiración. Pero el Maestro de Salamanca no sólo llenó con su presencia más de un cuarto de siglo de la historia de España, interviniendo como figura de primer orden en todos los acontecimientos de algún relieve, sino que además su obra no desapareció con su persona. Quedaron sus escritos, quedó su fama y su autoridad indiscutible, quedó su huella impresa en la cultura filosófica, jurídica y teológica posterior.

(1) R. P. VICENTE BELTRAN DE HEREDIA, O. P. *Domingo de Soto*. Estudio biográfico documentado (B 5). Biblioteca de Teólogos españoles. Salamanca, 1960. 777 pp., 25 x 18 cm.

A pesar de ello, nadie se decidió a trazarnos una biografía completa, histórica, crítica y documentada de este hombre admirable, que supo hacerse querer de cuantos se acercaron a él sin prevenciones ni prejuicios de nacionalidad o de escuela.

Colmenares en el siglo XVII en su *Historia de la Ciudad de Segovia* (Segovia, 1637; Madrid, 1640) proporciona abundantes noticias del Maestro, hijo ilustre de la noble ciudad castellana. Pero, aunque de ella se han servido posteriormente todos los que han escrito de Soto, más que una biografía del gran segoviano es una historia de la Ciudad. También los tres historiadores de S. Esteban de Salamanca, Fr. Alonso Fernández, Fr. Juan de Araya y Fr. Barrio estamparon sendas reseñas biográficas del Maestro, que si fué por su profesión religiosa hijo del glorioso Convento de San Pablo de Burgos, vivió más de treinta años en el Convento de San Esteban de la ciudad del Tormes, ennobleciéndolo con su virtud y con su ciencia, dirigiéndolo con su prudencia y solicitud paternal en su triple priorato y embelleciéndolo con la artística escalera construída con el dinero de sus publicaciones, y con la plaza y el puente, delante de la joya plateresca de la fachada de la iglesia conventual. Después, nadie se preocupó de hacer una biografía seria y digna de Soto. Se admiró su doctrina, se le citó en todos los tratados de filosofía y de teología. Pero todo se redujo a eso. Echard y Quetif en su *Scriptores Ordinis Praedicatorum*, hacen de él grandes elogios en su larga reseña bibliográfica. Menéndez y Pelayo pondera su doctrina, Marcial Solana hace una breve exposición de su filosofía con un juicio crítico, demasiado pobre, sobre su valor. Su nombre es citado en todas las historias de la filosofía y de la teología, y va inseparablemente unido a la primera convocatoria del Concilio de Trento.

Quien más había llamado la atención sobre el insigne hijo de Segovia fué el P. Venancio D. Carro. Pero los trabajos del P. Carro, a más de ser preferentemente doctrinales, dentro de un marco histórico espléndidamente trazado, se han limitado casi exclusivamente a Soto como teólogo-jurista, a sus actuaciones en Trento y a sus dictámenes sobre la colonización americana.

Al P. Beltrán de Heredia corresponde, pues, el honor y el mérito de ser el primer gran biógrafo y el primer gran historiador de la riquísima personalidad de Soto. ¡Digno historiador para tan digno personaje!

El año 1931 el P. Beltrán comenzó a publicar en *La Ciencia Tomista* los resultados de sus estudios por archivos y bibliotecas sobre Domingo de Soto. Desde aquel año puede afirmarse que el gran investigador de nuestra historia científica del siglo XVI no ha parado de rebuscar en nuevos y nuevos documentos, la mayor parte inéditos y muchos por él descubiertos y utilizados por vez primera. Y aunque no había cesado de publicar los frutos de sus investigaciones, todavía no había hecho con ellas una obra de conjunto. Ha llegado el cuarto centenario de la muerte del gran maestro y el P. Beltrán ha obsequiado a la ciencia este espléndido trabajo en el que ha recogido y sintetizado, si no todos, al menos los más importantes, de sus hallazgos.

«El libro consta de dos partes—se advierte en corto prólogo, al lector—: una de exposición histórica y otra exclusivamente documental». En efecto, la primera parte—pp. 9-600—es la elaboración histórica, el trabajo personalísimo, hecho por la mano maestra de un historiador riguroso, crítico e imparcial, familiarizado con los archivos, especialista en descifrar documentos, dotado de un especial instinto para encontrar materiales y datos allí donde nadie los había visto, y, sobre todo, conocedor como el que más de aquella época gloriosa de nuestro patrimonio cultural. Estas cualidades del P. Beltrán de Heredia se patentizan en cada una de las 600 páginas, todas llenas de vida y de interés extraordinario. Más que figuras y episodios arrancados a las escuetas y muertas informaciones de los empoivados documentos de los archivos, parecen acontecimientos a los que el P. Beltrán hubiera asistido como testigo interesado. Quizás sea éste, junto con la rigurosa fidelidad histórica, el mayor mérito de esta parte del libro que reseñamos. La segunda parte—pp. 601-755—está formada por 113 documentos, los cuales, salvo en contadas excepciones, «se refieren directamente al personaje historiado». Documentos que, en gran parte ven ahora por vez primera la luz en letras de imprenta y que han sido sacados de «los archivos españoles, y entre ellos el de Simancas, el Histórico Nacional, el Universitario de Salamanca y el General de Indias», y, en menor escala de «algunos de Roma y del Florentino de Estado». Al final hay un «índice onomástico» de los autores nombrados a lo largo del libro y un «índice general» de los catorce capítulos, terminándose con la «colección diplomática», en donde se enumera cada uno de los 113 documentos con la correspondiente fecha y lugar de su expedición.

El P. Beltrán no entiende la historia como un simple y muerto elenco de hechos. La historia es la narración de la vida de los hombres. Sólo el hombre hace historia y sólo él tiene historia. Y si la historia ha de ser la fiel narración de los acontecimientos realizados por el hombre o de los sucesos relacionados con la vida humana, la historia ha de ser viva e interesante como lo es la vida y el quehacer de los hombres. La actividad humana es una tarea libre. Pero esta libertad no quiere significar independencia total y absoluta de motivos personales, de influencias exteriores, ni de ambientes y circunstancias, que generalmente condicionan la libre actividad de los hombres. Conocer esos motivos, descubrir esas influencias, valorar esos ambientes y analizar esas circunstancias es deber del buen historiador si quiere medir con precisión los hechos que describe y el cauce que han tenido.

El P. Beltrán es un auténtico maestro de historia. Presenta a su personaje, describe sus hechos. Pero enseguida busca las causas y los motivos determinantes de cada acto, revuelve documentos y no queda satisfecho hasta que no ha reconstruido, haciéndolo revivir, el episodio historiado. Cuando los documentos, que su paciencia y sus pesquisas han encontrado, no dan más de sí, no se aventura a una hipótesis provisional en espera de que nuevos documentos aporten más datos y más luz. Si existen pareceres encontrados sobre hechos o sobre personas de su historia, el P. Beltrán pondera unas y otras razones, examina los documentos que ambas partes aducen y finalmente tercia en la disputa,

presentando por su parte documentos nuevos y casi siempre inéditos o desconocidos, que iluminan la escena y determinan su solución. De este modo, corrige fechas, endereza juicios torcidos, rehabilita personajes caídos o demasiado mal tratados y no falta alguna ocasión en la que a causa de sus documentos nos vemos obligados a reconocer procedimientos incorrectos y hasta innobles en personas ensalzadas en demasía a costa de la fama ajena.

Soto nació en Segovia el año 1495 y no el 1494, como señala Collmenares. A principios de verano de 1952 en el Convento de San Pablo de Burgos tomó el hábito dominicano de manos del P. Pedro Lozano, prior de San Pablo, pero hijo del Convento de Santa Cruz de Segovia. El 23 de Julio de 1525 profesaba en el mismo Convento burgalés con el nombre de Fr. Domingo de Soto. A pesar de haber vivido toda su vida posterior en el gloriosísimo Convento de San Esteban «Soto nunca dejó su filiación burgalesa por la de Salamanca».

Aunque los biógrafos digan que Soto fué a vivir a Salamanca el año 1532 para opositar a la Cátedra de Vísperas, los documentos señalan que llegó ya el 1526 a raíz de su profesión, pasando por Segovia para visitar a su madre. De 1526 a 1532 enseñó teología a los Estudiantes Dominicos del Convento de Salamanca a excepción del curso 1528-1529, que estuvo en Burgos ocupado en la primera edición de las *Súmulas*, y del curso 1531-1532, que sustituyó a Vitoria en la Cátedra de Prima de Teología de la Universidad, por estar enfermo todo ese año el Maestro burgalés. El 22 de Noviembre de 1532, tras «fuerte oposición», Soto ganó la Cátedra de Vísperas de la Universidad salmantina. Desde este momento su vida está tan íntimamente ligada a la de la Universidad que casi no habrá acontecimiento importante en los claustros del Alma Mater en los que no intervenga su gran catedrático.

A principios de Mayo, Soto salía para el Concilio de Trento en calidad de teólogo del Emperador Carlos V. En su compañía llevaba a Fr. Bartolomé de Carranza, al que desde ahora había de unirle entrañable amistad. El capítulo de Trento es uno de los más interesantes de la historia de Fr. Domingo de Soto. Los teólogos italianos se distinguen por su humanismo con el desprecio por la escolástica y por su aversión a los españoles e imperiales. Soto era acérrimo escolástico, español y el teólogo del Emperador. Desde el primer momento se centraron sobre él los tiros de los italianos. Pero el Maestro de Salamanca mantuvo siempre altísimo su prestigio de teólogo excepcional. Beltrán de Heredia ha colocado en su puesto de honor a esta primerísima figura de la primera convocatoria del Sínodo, deshaciendo los torcidos informes del Secretario Massarelli. Precioso, por demás, es el testimonio del Embajador español Diego Hurtado de Mendoza, el cual por otra parte tenía sus diferencias con el Maestro Soto. Hablando del decreto sobre la justificación, uno de los más importantes dados en la primera etapa del Concilio tridentino, escribe esta información a Carlos V: «Ayer se acabó de disputar el artículo de la justificación, donde se han señalado harto Fray Domingo de Soto, prior de Salamanca, que fué el que guió el negocio, porque habló primero y es letrado de mayor experiencia y certeza que ninguno de los italianos». (p. 163).

Apasionada en demasía fué la controversia en que durante el Concilio se enzarzaron el dominico italiano Fray Ambrosio Catarino, obispo de Minori y Fray Domingo de Soto. Sin dejar de reconocer los méritos del italiano, humanista de calidad indiscutible y rechazando el tono agrio con que Soto contestó a las impertinencias e insultos de Catarino, el P. Beltrán pone de manifiesto que la razón y la superioridad teológica estaban de parte de Soto, «al que bien puede perdonarse la vigorosa reacción de la *Apología* en defensa de su honor y de la verdad». (p. 205).

Otro dominico italiano, Fray Pedro de Bertano, obispo de Fano, se cruza también en el camino de Soto. Esta vez la lucha está entablada en el terreno político. Domingo de Soto ha sustituido a Fray Pedro de Soto en la dirección de la conciencia del César. Los italianos, que ya habían conocido al gran teólogo de Trento recibieron muy mal aquel cambio, que atribuyeron a intrigas y ambición del humilde religioso de Salamanca. El famoso *Interim* de Augsburgo y el asesinato de Pedro Luis Farnese, hijo del Papa Paulo III, inclinaron a Roma hacia Francia y hasta hubo intentos de aliarse con Venecia y tratar con el Sultán para destruir el poder imperial. Bertano, legado de Paulo III cerca del Emperador, emprende una campaña inicua contra el confesor del César. Las lindeces que dice de Soto, «hombre de poco fuste», van desde llamarle adúltero y venal hasta borracho y desviado de la fe (p. 221), hombre de poca paciencia, ambicioso y peligroso, enemigísimo y contrarísimo de la Sede Apostólica (p. 222), tonto, como lo es (p. 229). La correspondencia diplomática exhumada de los archivos por el Padre Beltrán pone bien en claro que era la plaza de Plasencia lo que buscaba Paulo III y quería conseguir su legado en Augsburgo, mientras que Soto defendía y demostraba los derechos de su imperial penitente.

Domingo de Soto es también uno de los campeones en la defensa de los indios. Arbitro en la polémica apasionada entre Sepúlveda y Las Casas en la que también terció con su habitual impetuosidad Fray Melchor Cano. Soto es un grito más de protesta que pide justicia al unísono con toda la escuela dominicana de Salamanca, fiel a las directrices de su gran Maestro Francisco de Vitoria. Carlos V pide al General de la Orden que envíe a Soto a México para que se entere sobre el terreno de los acontecimientos y los juzgue desde su ciencia teológica y jurídica. Aunque no llegó a cruzar el Océano, los datos que le traían sus discípulos le bastaban para exponer sus ideas luminosas sobre el Derecho de Gentes y el Derecho Internacional sobre la guerra justa, sobre los derechos de la conquista y la evangelización, sobre el poder del Papa y del Rey en las tierras descubiertas... Al volver a Salamanca, renunciando al cargo de Confesor del Emperador, desde su Cátedra de Prima de Teología explicaría el tratado de la justicia y el derecho publicando su libro inmortal *De justitia et jure*, aparecido en Salamanca en 1553-1554.

De 1552 a 1560 es Catedrático en posesión de la Cátedra de Prima de Teología de la Universidad Salmantina, concedida por aclamación de estudiantes y profesores y de la que se jubiló en 1556. Durante todo este período de casi diez años, Soto despliega una actividad extraordi-

naria. Felipe II, primero siendo Príncipe regente en las ausencias de Emperador y luego ya de Rey consulta constantemente en los más graves asuntos del Estado. Como teólogo, Soto, igual que Cano y que Carranza aprobaron la guerra de Felipe II contra Paulo IV, puesto que el Rey de España defendía sus Estados contra un invasor. No hay asunto relativo al tribunal de la Inquisición en el que no intervenga Fray Domingo de Soto. En Sevilla, recibió la fingida retractación del alumbrado luteranizante Egidio. Discutidísima ha sido la intervención de Soto en el no menos famoso proceso del Arzobispo de Toledo, Fray Bartolomé de Carranza. El proceder de Soto es siempre el de un amigo. La mala intención del Inquisidor General Valdés sorprendió la buena fe de nuestro teólogo. Pero jamás tuvo la más remota sospecha de la ortodoxia de Carranza. El dictamen de Soto al Tribunal de la Fe, arrancado con amenaza de excomunión, es un ejemplo de nobleza y de lealtad hacia el hermano y amigo, al que siempre salva, aun cuando tenga que corregir o explicar su doctrina.

La larga lista de que consta el ensayo de las ediciones de las obras de Soto, da idea de su prestigio e influencia. Muy interesante el apartado sobre los manuscritos de Soto, que el P. Beltrán ha ido recogiendo y fotocopiando por los archivos nacionales y extranjeros.

Con este libro, el P. Beltrán ha reparado la enorme injusticia que la historia venía haciendo al ilustre segoviano. El gran historiador de Fray Francisco de Vitoria es ya también el gran historiador de Fray Domingo de Soto. Quiera Dios que a este noble y meritísimo esfuerzo del historiador sigan otros trabajos de los filósofos, teólogos y juristas, que den a conocer el riquísimo contenido de las obras del insigne Maestro salmantino, cuyo nombre está inseparablemente unido al de Vitoria, como figuras primordiales, en el resurgir de la cultura española de nuestro Siglo de Oro.

P. ALEJANDRO DEL CURA, O. P.